

LA MONTAÑA.

HOJAS SUELTAS.

En el prado, cubierto á trechos de florecillas, que mueven locamente sus corolas, al paso del viento, como llamándose unas á otras, pacen tranquilamente dos vacas, en tanto que otra, echada sobre sus patas, rumia con sosiego, mirando con sus tristes ojazos dos chicuelos harapientos, desgñados, risueños y frescotes, que junto á la vaca se agarran á brazo partido, forcejean, y dando grandes carcajadas caen los dos á tierra; de pronto uno de ellos se levanta, brinca al cuello de la vaca y queda á horcajadas; el otro se arrastra hasta poder alcanzar las astas del paciente animal, tira de ellos con fuerza hácia abajo, y el testuz se mueve de arriba abajo, bulanceando al chicuelo que está montado en el cuello: los muchachos celebran con risotadas el juego; la vaca se está quieta, mugiendo sordamente, hasta que, cansada, se alza, y el caballero cae á tierra, y chillando se levanta enseguida con las manos en la cabeza; su compañero le abraza, le enjuga las lágrimas con la blusa, le consuela, y vuelven á sus juegos....



Mirando un maizal desde una altura lejana, tiene cierto parecido con las aguas de un lago, cuyas ondas son las plantas agitadas continuamente por el viento; y segun sea este moderado ó violento, así parece tranquilo ó agitado el lago; si parece tranquilo, produce rumores parecidos á los de las aguas al pasar por entre infinidad de piedrecillas; si parece violento, las plantas se mueven en todas direcciones,

chocan unas con otras, se elevan, caen, y producen un ruido desordenado, y parecen las aguas agitadas por el viento.



El viento, al pasar por el bosque, produce un mundo de misteriosos ruidos, semejantes á prolongados siseos y murmullos, que creciendo, creciendo, forman un ruido sordo que va perdiéndose hácia el interior del bosque....

Los troncos de los árboles se pierden de vista en el interior, y elevándose y extendiendo sus infinitas ramas forman verdes pabellones; los troncos jóvenes pugnan por alcanzar con sus ramas las copas de los corpulentos, inclinados unos, derechos como columnas otros, cubiertos de trepadora hiedra que formando vistosas guirnaldas pasan de árbol á árbol; algunos viejos, ya secos, extienden tristemente sus desnudas ramas y viven al amparo de los otros; acá derribado uno, joven aún, tocando la tierra sus ramas vestidas de amarillentas hojas, llevando en el tronco la indeleble marca del rayo que le derribó; más allá otro, también derribado por el brazo del leñador. La tierra está cubierta de musgo, hojas y ramas secas, todo iluminado con una claridad opaca, verdosa; todo misterioso, fantástico, sombrío: por el cielo un mundo de hojas y ramas como si el bosque no formara más que un solo árbol inmenso en cuyas ramas habitase una legion de fantasmas, que moviéndose, siseando, murmurando, produjeran los continuos ruidos que ruedan por las alturas....



Los manzanos están cubiertos de flor apiñada, como formando una gran flor blanca y rosa, de grato aroma; tienen más flores que hojas, tantas que parece que sobre el maizal ha nevado. En uno de los manzanos, el más alto y más hermoso, que extiende sus curvas ramas hasta tocar la labrada tierra ó las levanta en alto en extrañas curvas, formando todo él como una gran sombrilla, primorosamente bordada, juguetean en el interior, posados en el tronco, dos pajarillos que saltan de rama en rama, piando, moviendo á un lado y otro sus cabezillas en señal de contento, moviéndose alegres en aquel ambiente perfumado, donde los rayos del sol no pueden penetrar, donde al paso del viento caen los blancos pétalos, y como si nevase cubren la tierra de blanco....



En el valle, dividido en cuadros de tierra, más ó ménos regulares, trabajan sin descansar los caseros: en uno de los cuadros, una pareja de vacas va tirando pesadamente del arado, que guia una muchacha, pequeña, coloradota, desgrenaada, vestida solo con un pobre refajo encarnado y un agujereado corpiño; las piernas desnudas se la llenan de barrosa tierra, la cual despide un olor acre, picante; va delante con la ijada al hombro, volviéndose de vez en cuando para ijar á las vacas, gritando *aida*, las cuales siguen, á pesar de esto, tirando lentamente del arado, que abre en surcos la tierra, removiéndola, sacando á luz piedrecillas y raíces pegadas á ella; detrás, conduciendo el arado, va un viejo con los zuecos cubiertos de tierra, haciendo esfuerzos porque el surco salga derecho....

LUIS BARRERA.

